

LOS TRECE PRÍNCIPES

Cuento de Pentecostés 1º, 2º, 3º

Había una vez un rey que tenía trece hijos. Un día los doce mayores partieron en busca de fortuna, pero el decimotercer hijo se quedó en casa. Era muy joven para acompañar a sus hermanos.

A lomos de doce caballos, los doce hermanos viajaron por el ancho mundo. Llegaron a un país cubierto por todas partes de rocas, piedras y cantos. Allí vieron a una viejecita sentada en el suelo, rascándose las rodillas. Pero los doce príncipes estaban tan ocupados guiando a los caballos por entre las piedras que no tuvieron tiempo de hablar con la viejecita. Siguieron cabalgando y llegaron a un país cubierto por todos lados de estanques, charcos y pantanos. Allí vieron a una viejecita metida hasta la cintura en un estanque. Pero los príncipes estaban tan ocupados guiando a los caballos por entre las aguas que no tuvieron tiempo de hablar con la viejecita.

De nuevo siguieron cabalgando y llegaron a un país donde el viento y el aire corrían de tal manera que tuvieron que sujetarse los sombreros y los vestidos, incluso retener a sus caballos para evitar que volaran. Vieron a una mujer que venía precipitadamente, casi volando, con los faldones por encima de la cabeza y agarrada a un paraguas que estaba del revés. Parecía que en cualquier momento la viejecita fuera a desaparecer en el cielo. Pero los doce príncipes estaban tan ocupados guiando a sus caballos a través del viento que no pudieron hablar con la viejecita.

Siguieron cabalgando y llegaron por fin a un castillo. Las paredes se desmoronaban, las piedras tambaleaban, todo el castillo parecía estar sujeto por hiedra que lo cubría por doquier y que incluso trepaba por las ventanas. Los hermanos, sedientos de tan largo viaje, fueron a recoger agua del pozo del patio. Pero éste estaba seco, y no pudieron coger ni una gota para aliviar su sed. Entraron al castillo. Estaba muy oscuro porque la hiedra cubría las ventanas, y además estaba húmedo y casi no se podía respirar. Intentaron abrirlas, pero estaban oxidadas y no podían moverse. El más mayor de todos rompió un cristal, pero el pórtico se cerró de golpe y la oscuridad se hizo más profunda.

Los príncipes entraron en el salón de banquetes. Había una larga mesa preparada con alimentos y bebida, decorada con flores blancas y doradas y doce velas. Los platos y copas eran dorados. El rey del castillo estaba en su trono presidiendo la mesa, y llevaba una corona de oro, pero dormía profundamente. Los príncipes intentaron despertarlo pero no pudieron. Todo estaba tan oscuro que no podían casi ni ver lo que hacían. Intentaron encender las velas, pero éstas sólo chispearon un poco, y se apagaron. Entonces se sentaron a comer en la oscuridad. Pero antes de que pudieran probar un trocito, se adormecieron despacio hasta que se durmieron por completo.

Ahora que los doce príncipes no podían volver a casa, el hermano más pequeño fue a ver a su padre, el rey, y le pidió permiso para buscar a sus hermanos. Al principio el rey se

negó porque no quería separarse del único hijo que le quedaba, pero finalmente le concedió permiso para hacerlo.

Llegó a un país cubierto por todas partes de rocas, piedras y cantos. Allí vio a una viejecita sentada en el suelo que se rascaba las rodillas. El joven príncipe paró su caballo y preguntó:

-¿Puedo ayudarla?

-“¡Ay!”- Dijo la viejecita, -“Me he caído y me he lastimado las rodillas”.

El príncipe bajó de su caballo e inmediatamente vendó las rodillas de la viejecita. La subió al caballo y

la llevó a su casa. Entonces la mujer le dio las gracias y dijo:

-“Coge este puñado de arcilla. Con ella podrás arreglar cualquier piedra rota”.

El príncipe guardó el bonito regalo con cuidado, dijo adiós a la mujer y prosiguió su camino.

Llegó entonces a un país cubierto por todos lados de estanques, charcos y pantanos. Allí vio a una viejecita hundida hasta la cintura en un estanque. El joven príncipe paró su caballo y preguntó:

-“¿Puedo ayudarla?”

-“¡Ay!”- Dijo la viejecita, -“Me he hundido en este charco y no puedo salir”.

El príncipe bajó de su caballo inmediatamente y fue chapoteando y saltando hasta que llegó donde estaba ella. La subió sobre su espalda y cuando la había dejado sana y salva, la viejecita le dio las gracias y le dijo:

-“Toma esta pequeña botella de agua. Con ella podrás apagar mucha sed”.

El príncipe guardó cuidadosamente la botella, se despidió de la viejecita y continuó con su camino.

Después de mucho viajar llegó a un país donde el viento y el aire soplaban de tal manera que tuvo que sujetarse el sombrero y el vestido, incluso retener a su caballo para evitar que volara. Vio a una mujer que venía precipitadamente, casi volando, con los faldones por encima de la cabeza y agarrada a un paraguas que estaba del revés. El joven príncipe paró su caballo y preguntó:

-“¿Puedo ayudarla?”

-“¡Ay!”- Dijo la viejecita -“No puedo pararme”.

El príncipe corrió detrás de ella, antes de que llegara otra ráfaga de viento, la cogió con fuerza y la dejó a cubierto en una torre cercana. Entonces la viejecita le dio las gracias y dijo:

-“Toma esta pequeña lámpara de aceite. Su luz te permitirá ver allá donde estés”.

El príncipe guardó el regalo, se despidió de la viejecita y prosiguió su camino.

Finalmente llegó a un castillo. Las paredes se desmoronaban, las piedras tambaleaban, todo el castillo parecía estar sujeto por hiedra que lo cubría por doquier y que incluso trepaba por las ventanas. Entonces recordó el regalo de la viejecita y sacó un puñado de arcilla. Untó un poco sobre la primera piedra e inmediatamente quedó reparada. Continuó

llenando agujeros con el trocito de barro hasta que todas las piedras del castillo quedaron fuertes.

El príncipe tenía sed, y se dirigió al pozo del patio pero estaba seco. Entonces recordó el regalito de la mujer y sacó la botella de agua. Lanzó su contenido dentro del pozo e inmediatamente comenzó a brotar agua y más agua hasta que se llenó, y el agua volvió a fluir. El príncipe se inclinó, bebió y su sed se apagó.

Entonces el príncipe entró en el castillo. Estaba húmedo y casi no se podía ni respirar, además de oscuro porque la hiedra cubría las ventanas. Se acordó del regalo de la viejecita y trajo la lamparita de aceite. Esta brilló e iluminó su camino hasta llegar al salón de los banquetes. Allí encontró a sus doce hermanos sentados alrededor de la mesa, dormidos profundamente, y al rey del castillo presidiendo la mesa y también dormido profundamente. Intentó despertarlos pero no pudo: no hubo ni palabra, ni caricia capaz de moverlos. Entonces vio entre los platos y las copas de oro y las flores blancas y doradas, las doce velas. Con ayuda de la lámpara de aceite, las encendió una a una. Y cuando hubo encendido todas las velas, las ventanas se abrieron y a través de una de ellas entró volando una palomita blanca como la nieve y se posó sobre el hombro del joven príncipe. Entonces, sus doce hermanos y el rey despertaron. Se alzaron para dar la bienvenida al decimotercer príncipe y le dieron las gracias por haberles librado de su encantamiento. Comieron y bebieron todos juntos y los trece príncipes volvieron a casa al lado de su padre, y hubo una gran alegría en el reino.

Aportación de Anabel Matos S.